

# In memoriam

## Luis Jiménez Moreno (1929-2007)

ANTONIO JIMÉNEZ GARCÍA  
*Universidad Complutense de Madrid (España)*

“Tres cosas hacen prodigio: y son el don máximo de la Suma Liberalidad: ingenio fecundo, juicio profundo y gusto relevantemente jocundo. Gran ventaja concebir bien, pero mayor discurrir bien. Entendimiento, del bueno”.  
*(Oráculo Manual, 298)*

A esta máxima graciana procuró siempre acomodar toda su vida Luis Jiménez Moreno, que murió en octubre de 2007 a los 77 años de edad. Durante los últimos 30 años perteneció a la Universidad Complutense, de la que llegó a ser catedrático. Había estudiado en Salamanca, Roma, Valencia y Munich. Su tesis doctoral sobre el pensamiento antropológico de Nietzsche tuvo como director al profesor Aranguren. Fue catedrático de instituto en Andújar, Ávila y Badalona, y profesor de universidad en Barcelona y Madrid. Desde las páginas de esta *revista*, órgano del hispanismo filosófico, queremos rendir un merecido homenaje a uno de sus socios más ilustres que participó en la fundación de la *Asociación de Hispanismo Filosófico* hace veinte años e intervino en muchas de sus actividades.

Durante más de cuarenta años vivió entregado con verdadero espíritu de misionero a la enseñanza y a la formación de los jóvenes, y en todo ese tiempo Luis Jiménez fue llenando, más bien diría desbordando, todos y cada uno de los apartados en que se subdivide la actividad académica y profesoral dentro de nuestras universidades: las clases y los cursos reglados, la asistencia a congresos y reuniones científicas (tanto dentro como fuera de España), las conferencias, la dirección de trabajos de investigación y de tesis doctorales, las publicaciones, etc. En éstas y otras actividades parejas dejó una labor seria y profunda, honesta y rigurosa, de entrega a la vez ardiente y desinteresada, que son las características que podemos señalar en su personalidad y en sus obras. Y si a ello se añade que fue generoso en la amistad, excelente en la docencia y riguroso e intransigente en la verdad, su perfil deviene cerrado y definitivo. Si no fuera la amistad sincera freno a las alabanzas, habría de extenderme largo y tendido en estas y otras consideraciones.

Luis Jiménez Moreno se acercó a sus estudios académicos de Filosofía con pretensiones de máxima precisión y rigor, aunque pronto descubrió que los modos de conocimiento filosófico no siempre podían acomodarse a la filosofía como ciencia estricta. La necesidad de especialización, sin despreciar en absoluto ninguna de las regiones filosóficas, le inclinó por el “saber del hombre” siguiendo la denuncia de Rousseau: “El más útil y menos adelantado de todos los conocimientos humanos me parece que es el del hombre, y me atrevo a decir que la inscripción del templo de

Delfos contiene en sí sola un precepto más difícil que todos los gruesos libros de los moralistas” (*Discurso...sobre las desigualdades*, 1755, Prefacio); y la pregunta de Kant: “¿Qué es el hombre?” (*Lógica*, Intr. III, A 25) o la tarea que señala Nietzsche para el filósofo: “su dura, involuntaria, ineludible tarea, pero finalmente la grandeza de su tarea, es ser la mala conciencia de su tiempo. ...su secreto propio: saber una grandeza nueva del hombre, un camino nuevo no recorrido todavía para su engrandecimiento” (*Más allá del bien y del mal*, 212).

Su línea filosófica preferente, tanto en docencia como en investigación, miró siempre hacia una lectura antropológica de los filósofos contemporáneos, prestando también una atención muy especial a los pensadores del ámbito hispano, abriéndose a tres espacios principales de reflexión y estudio: 1º, la orientación humanística praxica en el Pensamiento Español, comenzando desde el Barroco, preferentemente con Baltasar Gracián y recalando posteriormente en el siglo XX con Unamuno, Ortega y Gasset, d’Ors, Zubiri y Tierno Galván; 2º, su permanente referencia a Nietzsche, desde la tesis doctoral de 1962 sobre *El pensamiento antropológico de Nietzsche*, entendido como vitalismo antropológico-axiológico, e insistiendo posteriormente en la múltiple variedad que sugiere este pensamiento radical nietzscheano; 3º, finalmente, la preocupación antropológica por la igualdad, la libertad y la dignidad soberana de los hombres, centrada en los filósofos de la Ilustración, sobre todo en J. J. Rousseau y en Immanuel Kant.

La disposición filosófica y las cuestiones preferentes de Luis Jiménez aparecen en *Discernir y Valorar* (1998), donde señala su modo de filosofar y no sólo de hacer historia de la filosofía. Se trata, dirá el propio autor, de “Mi filosofía”: “Cuando uno ejerce largamente actividad filosófica y no mera dedicación de oficio, sino la práctica de reflexión sobre lo que observa en sí mismo y en su entorno y cuanto lee de los filósofos, no solamente lo ingiere y lo transmite, sino que puede hacerlo suyo asimilándolo” (11), y asimismo que despierte en los lectores la ejercitación filosófica, más bien que la acumulación de conocimientos.

Luis Jiménez reconoce la gran importancia de lo racional a lo largo de la historia en la cultura, pero la complejidad y lo más propio de cada viviente no puede ser reducido a racionalidad pura y no por eso se ha de renunciar al esclarecimiento de cuanto sea posible del mejor modo. Al filosofar asume uno su riesgo, con tal de no caer en alienaciones ni abandonar nunca su posición de esfuerzo, que exige discernir y saber valorar. La clarificación en las valoraciones no cuenta sólo por el acierto, sino porque cuando descubrimos que algo vale y cómo vale estamos creando nuestro mundo y haciéndonos a nosotros mismos de una u otra manera. “Valorar es crear”.

Luis Jiménez reflexiona sobre el modo de conocer, porque no en toda cuestión filosófica podemos alcanzar la apetecida certeza de la clara racionalidad, si bien la búsqueda de la misma ha proporcionado muchos avances en los modos de vida y un gran progreso de la cultura humana; por eso escribe: “la gran importancia de lo racional, a pesar de sus límites” (53-86). Razonando se han logrado producciones muy variadas que siguen valiéndonos, pero sin poder poner el valor supremo de la realidad vital precisamente en ese conocimiento clarificado que alcanza nuestra “razón”, pues esa razón, en cuanto *logos* (socrático), o razón universal, no es más que una generalización cognitiva, una puesta en común, de modo que lo racional refleja aquello que todos ven

y repiten de la misma manera, porque analizando y discutiendo ya llegan a un acuerdo. Ideas universales, intelectualizadas, abstractas, aspiración de los racionalistas. Y hasta la certeza inequívoca del racionalismo trascendental kantiano, tiene que reconocer que no conoce la realidad como es, sino nuestro modo de conocer igual y cierto para todos los seres racionales, esencialmente iguales en cuanto racionales, dispuestos esencialmente para conocer de la misma manera.

La propuesta del profesor Luis Jiménez es reconocer a los hombres como personas, señores del mundo y no sometidos unos a otros ni esclavos de los productos técnicos y de la ambición económica. La soberanía personal de cada uno de los hombres como iguales, ninguno como esclavo, ni sometidos instrumentalmente, ni unos a otros en la convivencia, ni a las máquinas, ni al dinero, ni a las ideas deshumanizadas. “Por esto mi planteamiento me hace reconocer prioritariamente como referencia para reflexiones sobre el gran tema de ‘el hombre ante el universo’ analizar precisamente el puesto del hombre en el cosmos. El hombre ante y con las cosas que él mismo fabrica. El hombre, en fin, junto con las cosas naturales y culturales, en su relación con otros hombres, en la convivencia. El hombre arrojado en el inmenso mundo de los astros y de la naturaleza, hecho vida, pero también en el universo cultural-social que él se construye, que es manifestación de la capacidad humana de intervenir en cómo habérselas con el mundo, cómo hacerse uno a sí mismo, cómo actuar en compañía, conviviendo e interviniendo juntamente con los demás” (119).

La línea de investigación antropológica ha sido constante también en el pensamiento hispánico. Luis Jiménez busca las cuestiones de filosofía práctica y reflexión antropológica como se recoge parcialmente en su libro *Práctica del saber en filósofos españoles. Gracián, Unamuno, Ortega y Gasset, Eugenio d’Ors, Tierno Galván* (1991) y muy especialmente en *Baltasar Gracián (1601-1658)* de 2001, además de en múltiples artículos e intervenciones en congresos y conferencias. Estos estudios están hechos con el reconocimiento de que en España hay preocupación por el pensamiento libre y abierto, en diferentes épocas, y en este pensamiento la atención afecta íntima y preferentemente a la vida personal, a los modos de vida, a un saber vivir, antes que a las definiciones claramente formales y a las fundamentaciones absolutamente abstractas. Y algo similar ocurre en el pensamiento hispanoamericano, deteniéndose preferentemente en Rubén Darío y en José E. Rodó.

Como puntos o sugerencias de los aspectos predominantes en la preocupación de los pensadores españoles que Luis Jiménez ha puesto de manifiesto hay que señalar la referencia de continuo a la vida y su afirmación de la vida individual personal en todas las situaciones culturales y de convivencia, sus preocupaciones valorativas por acertar prácticamente, a fin de reflejar aspectos morales o, por lo menos, educativos para saber organizar la vida. En todo caso, aparece una tendencia a la praxis, al saber práctico de cómo actuar para salir adelante en los problemas personales y sociales.

En Gracián vio Luis Jiménez reflejada la constante de sus preocupaciones filosóficas: el vitalismo, la filosofía práctica, la reflexión antropológica. Un hombre del Barroco que fue muy leído y traducido e influyó en autores como La Rochefoucauld, Wolff, Kant, Schopenhauer (quien tradujo el *Oráculo Manual* y un fragmento de *El Criticón*: “El mundo descifrado”), Nietzsche... Fue Thomasius el primero que reconoció la importancia filosófica del escritor aragonés y poco después Brucker le

dedicaba varias páginas en su *Historia critica philosophiae*, obra considerada como la primera historia de la filosofía y el inicio de la historiografía filosófica. Luis Jiménez vio en Gracián un hombre que “sintió, pensó y expresó como los grandes escritores de su época, las preocupaciones hondamente humanas, anticipando las cuestiones fuertes de la filosofía contemporánea atenta a expresiones simbólicas, que es preciso interpretar, y a contenidos de afirmación y realización del hombre, desde su situación vital-existencial, una cultura de valores, realizadores, prioritariamente estéticos, con miras a una selección social que preserve la intimidad convivencial creadora de cada uno” (*Gracián*, 58). Y en otro lugar insiste en la modernidad de nuestro Barroco: “El Barroco español es significativamente una avanzada en lanzar modos de comprensión y expresión sobre cuestiones que se presentarán como exigencias prioritarias en la filosofía contemporánea como es la representación, el recurso a los símbolos, los sueños que es preciso transportar a la realidad, la personalidad del individuo, el honor o la dignidad, la filosofía práctica de un *saber vivir*, la fugacidad del tiempo, valer o no valer, el pesimismo y, en cierto modo, hablar de la nada como después se invocará el nihilismo” (*Gracián*, 17).

En cuanto al modo filosófico personal de estudiar a Nietzsche, Luis Jiménez propuso como planteamiento general básico un vitalismo antropológico axiológico, porque trata de conocer la realidad humana como vida, que es preciso hacerse como proyecto vital propio. Por ello señaló que “el *vitalismo* de Nietzsche, antes que una filosofía biológica, pretende ser un saber del hombre en cuanto viviente que despliega, enriquece y crea un exigente y bello vivir. Por lo mismo, parece proponerse un *vitalismo antropológico-axiológico*, antes que un biologismo positivo y excluyente” (*El pensamiento de Nietzsche*, 68). Y también “la vida y lo vital resuena con gritos de entusiasmo en todos los escritos de Nietzsche. Es el punto de partida para una valoración nueva. El motivo de interés para todo esfuerzo. La realidad más honda en que cobra sentido lo humano. ‘En verdad, lo mismo que el sol, amo yo la vida y todos los mares profundos’” (*Nietzsche*, 54).

No cabe duda de que la obra de Nietzsche es mucho más amplia, y como filósofo proteico, ofrece múltiples y muy variadas interpretaciones. Luis Jiménez ha considerado también las discusiones y otros temas en publicaciones de carácter general. Así temas como el eterno retorno de lo igual, tan atractivo, pero tan enigmático al mismo tiempo, por encontrarse la filosofía de Nietzsche referida a dos momentos culturales muy diferentes. El primero, en los escritos de los presocráticos que Nietzsche conocía bien y contribuyó a ponerlos en primera fila de la Historia de la Filosofía, y el segundo en el siglo XIX, el siglo de la Historia, de las filosofías prácticas y transformadoras, de la libertad y de la emancipación de los hombres. Además, temas como la muerte de Dios, la denuncia y superación del nihilismo, la crítica a la cultura y a la sociedad mediante el cambio de valores (la transvaloración), el desarrollo de una filología filosófica (había traducido el opúsculo *Homero y la filología clásica*), ocuparon durante toda su vida la reflexión nietzscheana de Luis Jiménez. En resumen, puede decirse que “su preocupación principal se refiere siempre a comprender al viviente humano para potenciar su afirmación, liberación y realización. Acepta su dimensión telúrica, generacional, social y cultural. Afirma la vida como *superación*, y el hombre como ‘algo que debe ser superado’, lo cual le induce a anunciar al *superhombre*. Su

referencia cultural desde la dimensión religiosa le lleva a proclamar ‘Dios ha muerto’ y de ahí la amenaza de nihilismo. Critica pues a la cultura y a la sociedad, como decadente, nihilista por la devaluación de los valores tradicionales y la pulsión para crear *nuevos valores*, según el proyecto del hombre del porvenir” (Nietzsche, 17).

La dignidad y la libertad de los hombres se enraiza en la Ilustración, cuando toma conciencia la humanidad ilustrada de su preocupación y aprecio del saber, y se interesa por el conocimiento del hombre en la sociedad para promover su afirmación, su liberación y su realización. Con este propósito escribe Luis Jiménez sobre “La Ilustración: hombre y sociedad”, donde pone de manifiesto la denuncia de Rousseau que “El más útil y menos adelantado de todos los conocimientos humanos me parece que es el del hombre, y me atrevo a decir que la inspiración del templo de Delfos contiene en sí sola un precepto más difícil que todos los gruesos libros de los moralistas” (Discurso... sobre las desigualdades, 1755, Prefacio). En otro estudio sobre Rousseau y en referencia a la contraposición que este filósofo hace entre el estado de naturaleza y el estado social, Luis Jiménez considera ese estado de naturaleza, no reconocible como tal, pero sí como situación en la que aun existiendo desigualdades físicas, según características individuales entre los hombres, no se daban las desigualdades morales o políticas. Éstas son las que discriminan. Éstas son las que denuncia el ginebrino y a su evitación o superación encamina sus Discursos.

Para concluir hay que señalar que Luis Jiménez llevó a cabo también una profunda reflexión sobre la obra de Kant, de quien tradujo *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y lo sublime* (1990). La universalidad del racionalismo trascendental kantiano para el conocimiento se plasma también en las exigencias morales que significan el carácter de igualdad entre todos los seres racionales. Esta igualdad tiene que excluir todo sometimiento, y, por lo mismo, conllevar la libertad, no ya sólo en la actuación humana, sino en el modo de ser y de convivir unos hombres con otros. La universalidad de la igualdad es criterio primero para la validez del imperativo categórico, como realización de la propia personalidad soberana. Así la autonomía de la voluntad no es ya sólo característica de la moral que ha de ser autónoma, sino que en el obrar moral se pone de manifiesto el carácter del ser racional, que según como actuamos nos hacemos, no como sometidos a algo que nos atrae, sino como realización propia, a quien corresponde esa autonomía de la voluntad que le hace ser fin en sí mismo.

Tras esta apretada síntesis del pensamiento filosófico de Luis Jiménez, no quisiera concluir sin ofrecer una relación de todos sus libros y un breve apunte biográfico.

*Pensamiento antropológico de Nietzsche* (Madrid 1964), *Nietzsche* (Barcelona 1972), *Hombre, Historia y Cultura. Desde la ruptura innovadora de Nietzsche* (Madrid 1983), *El pensamiento de Nietzsche* (Madrid 1986), *Práctica del saber en filósofos españoles* (Barcelona 1991), *Immanuel Kant (1724-1804)* (Madrid 1993), *Friedrich Nietzsche (1844-1900)* (Madrid 1995), *Discernir y valorar. La Filosofía, calidad de vida, y otros estudios de Filosofía práctica* (Madrid 1998), *Nietzsche: Antropología y nihilismo* (Valencia 2001), *Baltasar Gracián (1601-1658)* (Madrid 2001).

Además de estas obras, participó en 26 libros colectivos, escribió 64 artículos en revistas nacionales y extranjeras y tradujo 5 textos: uno de Kant, tres de Nietzsche y otro sobre Nietzsche. Antes de su enfermedad había entregado para su publicación el

libro *Crisis de la Modernidad y Modernismo. Pensamiento español*, que no pudo ser recuperado. Y tenía en avanzado estado de elaboración otras tres obras: *Nietzsche: Por una cultura vital innovadora*; *Nietzsche: Crítica a la cultura y a la sociedad*; *Humanismo y Vitalismo. Pensamiento hispánico*.

Luis Jiménez Moreno había nacido en Muñogalindo (Ávila), lugar del Valle de Amblés atravesado por el río Adaja, afluente del Duero por la orilla izquierda, el 22 de noviembre de 1929, fecha en que la Iglesia Católica celebra la fiesta de Santa Cecilia, virgen y mártir romana del siglo tercero y patrona excelsa de la música. Discurrió su infancia bajo el ambiente rural de una familia vinculada al magisterio en alguno de sus antepasados. Realizó los estudios primarios en la Escuela Nacional de su pueblo bajo la férula del maestro Pedro Hernández Jaén, que daba una formación equivalente a la de Bachiller Elemental hasta los 14 años a los discentes. En la ciudad de Salamanca cursó primero la enseñanza media y luego los estudios de Filosofía en la Universidad Pontificia desde 1948 a 1952, obteniendo Premio Extraordinario de Bachiller en Filosofía. De 1952 a 1955 realizó estudios en la Universidad Gregoriana de Roma logrando el título de Bachiller en Teología.

De vuelta a España convalidó el Bachillerato en el Instituto Nacional de Enseñanza Media “Luis Vives” de Valencia en 1956 y en la universidad de la capital levantina realizó la licenciatura en Filosofía y Letras, sección de Filosofía, concluyéndola en 1959. Después de disfrutar de una beca de la Institución “Alfonso el Magnánimo” de Valencia (1959-1960) y de otra del Ministerio de Educación y Ciencia que le permitió estudiar en la Universidad de Munich con el profesor Max Müller durante el curso 1960-1961, defendió brillantemente en Madrid su tesis doctoral sobre “El pensamiento antropológico de Nietzsche” bajo la dirección de José Luis López-Aranguren (28 de junio de 1962). Otra beca, en esta ocasión del C.S.I.C., le vinculó al Instituto “Luis Vives” de Filosofía, iniciando entonces su docencia de la mano del Padre Mindán en el Instituto “Ramiro de Maeztu” (1962-1963).

En 1963 obtuvo, por oposición, una Cátedra de Filosofía de Enseñanza Media y comenzó su labor docente en el Instituto de Andújar, en Jaén (1963-1966), del que llegaría a ser Vicedirector (1965-1966). Pasó después por los Institutos de Ávila (1966-1968) e “Isaac Albéniz” de Badalona (1968-1975), desempeñando en este último los cargos de Vicedirector (1968-1970) y Director (1970-1971). Antes, el 25 de junio de 1967, había contraído matrimonio en la iglesia de la Ciudad Universitaria de Madrid con Cati Gómez, futura Catedrática de Lengua y Literatura Españolas en el instituto madrileño de secundaria “Beatriz Galindo”, con quien tuvo dos hijos: Anabel y Jorge. Desde su llegada a Cataluña impartió clases también en la Universidad de Barcelona, primero como Profesor Ayudante en el Departamento de Historia de la Filosofía (1968-1969), y luego como Profesor Encargado de Curso en el Departamento de Filosofía Fundamental (1969-1971). Sucesivamente fue Profesor Adjunto Contratado (1971-1974) y Profesor Agregado Interino (1974-1975), hasta obtener una plaza de Adjunto Numerario en la Universidad de Barcelona en 1975, dejando entonces la enseñanza secundaria.

En 1977 se trasladó a la Universidad Complutense de Madrid como Profesor Adjunto en el Departamento de Historia de la Filosofía y, a partir de 1983 (LRU) como Profesor Titular en el Departamento de Filosofía III (Hermenéutica y Filosofía de la

Historia). En esta época ocupó los cargos de Vicedecano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación (1981-1986) y Director del Departamento de Filosofía III (1987-1995). Fue Secretario de la revista *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* (1994-1996), publicada por el departamento, y Director de la misma (1997-2000). También puso en marcha y dirigió un “Seminario de Filosofía Española” que se celebró anualmente entre 1990 y 1998 con una metodología interdisciplinaria y que contó con gran afluencia de público. En 1999 ganó, por oposición, una plaza de Catedrático en su último curso como profesor antes de la jubilación. De 2001 a 2005, durante cuatro cursos completos, fue Profesor Emérito en el mencionado departamento de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense.

Tras larga y penosa enfermedad falleció en Madrid en la tarde del domingo 7 de octubre de 2007 cuando le faltaba un mes y medio para cumplir 78 años. Pese a su gran labor no alcanzó el reconocimiento y los honores que otros lograron sin esfuerzo alguno y es que su independencia de escuela y de ideología le produjo muchos sinsabores y bastante amargura durante gran parte de su vida. Por ello, nada más apropiado que terminar esta sentida evocación con unos versos de Cavafis, sólo aptos para inteligentes, tomados de su poema Τειχη:

Χωρίς περίσκεψιν, χωρίς λύπην, χωρίς αἰδῶ  
Μεγάλα κ' ὑψηλὰ τριγύρω μου ἔκτισαν τείχη.  
[...]  
Ἄνεπαισθήτως μ' ἔκλεισαν ἀπὸ τὸν κόσμον ἕξω.